

viene á ser otra cosa sino darle la existencia especulativa del punto matemático. Luego la negación del pecado va á parar al nihilismo, así en cuanto á la existencia de la humanidad, de la sociedad y de la familia, como en cuanto á la existencia del hombre. Luego todas las doctrinas socialistas, ó para hablar con más exactitud, todas las racionalistas, van á parar forzosamente al nihilismo; y ninguna cosa hay más natural y más lógica, si bien se mira, sino que, no habiendo sino la nada fuera de Dios <sup>1</sup>, los que se separan de Dios vayan á parar á la nada.

Esto supuesto, yo estoy autorizado para acusar al socialismo presente de tímido y de contradictorio. Negar el Dios trino y uno para afirmar otro Dios; negar la humanidad bajo un aspecto, para venir á afirmarla desde otro punto de vista; negar la sociedad con ciertas formas, para venir á afirmarla después con formas diferentes, negar la familia por un lado, para afirmarla por otro; negar al hombre de cierta manera, para venir después á afirmarle de una manera ó diferente ó contraria, todo esto es entrar por la senda de tímidas, contradictorias y cobardes transacciones. El socialismo presente es todavía un semicatolicismo, y nada más. Si los límites de esta obra me lo permitieran, no me sería difícil demostrar que en el más avanzado de sus doctores hay un número mayor de afirmaciones católicas que de negaciones socialistas, lo cual da por resultado un catolicismo absurdo y un socialismo contradictorio. Todo lo que sea afirmar un Dios, es ir á caer en las manos del Dios de los católicos; todo lo que sea afirmar la humanidad; es ir á parar á la humanidad una y solidaria del dogma cristiano; todo lo que sea afirmar la sociedad, es ir á dar consigo, más tarde ó más temprano, en la afirmación católica sobre las instituciones sociales; todo lo que sea afirmar la familia, es ponerse en el caso de afirmar después, de uno ó de otro modo, todo lo que

<sup>1</sup> Habla el autor en aquel sentido con que se dice, por ejemplo, en la Escritura: *Et substantia mea tanquam nihilum ante te.* (Psalm. XXXVIII, 6.)—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

el catolicismo afirma y todo lo que el socialismo niega; por último, todo lo que sea afirmar al hombre de cualquiera manera, se resuelve en definitiva en la afirmación de Adán, el hombre del Génesis. El catolicismo es á la manera de aquellos formidables cilindros por donde no pasa la parte sin que después pase el todo. Por ese cilindro formidable pasará, sin dejar rastro de sí, si no muda de rumbo, el socialismo con todos sus pontífices y con todos sus doctores.

M. Proudhón, que no suele ser ridículo, es ridículo, sin embargo, cuando, formulando la negación del gobierno como la última de todas las negaciones, va pidiendo á las gentes en ademán cuasi augusto la primera de todas las palabras socialistas, por la sublimidad de su audacia. Los socialistas en presencia de los católicos son como los griegos en presencia de los sacerdotes del Oriente: niños que parecen hombres. La negación de todo gobierno, lejos de ser la última de las negaciones posibles, no es sino una negación preliminar que los nihilistas futuros relegarán en el libro de sus prolegómenos. No pasando de ahí, M. Proudhón pasará como los demás por el cilindro católico; por ahí pasa todo, menos la nada: es necesario, pues, ó afirmar la nada, ó pasar con todas sus negaciones ó con todas sus afirmaciones, con toda su alma y con todo su cuerpo por ese cilindro. Mientras que M. Proudhón no tome su partido valerosamente, me autoriza para que le acuse ante los racionalistas futuros como sospechoso de catolicismo latente y de moderantismo disfrazado. Los socialistas que no prefieren llamarse sus herederos, se llaman á sí propios la antítesis del catolicismo. El catolicismo no es una tesis, y no siéndolo, no puede ser combatido por una antítesis; es una síntesis que lo abarca todo, que lo contiene todo y que lo explica todo; la cual no puede ser, no diré vencida, pero ni combatida siquiera, sino por una síntesis de la misma especie, que á su manera abarque, contenga y explique todas las cosas. En la síntesis católica caben anchamente todas las tesis y todas las antítesis humanas. Ella lo trae y lo condensa todo en sí con la



fuerza invencible de una virtud incommunicable. Los que piensan que están fuera del catolicismo, están en él; porque él es como la atmósfera de las inteligencias: los socialistas, como los demás, después de esfuerzos gigantescos para separarse de él, ninguna otra cosa han conseguido sino ser unos malos católicos <sup>1</sup>.

1 De toda esta demostración de lo absurdo del socialismo, al Sr. Gaduel no le petó señalar otra frase de Donoso sino aquella en que dice que *es menester afirmar la nada ó pasar con el alma y con todo el cuerpo por el cilindro de la fe*. Ni una sola palabra más por donde el lector pueda entender el sentido de esta frase; pero en cambio muchas indicaciones para inducirle á creer que el Sr. Donoso niega toda distinción entre el orden natural y el sobrenatural, entre las verdades que la razón puede conocer con sus propias fuerzas, y las que no puede conocer sin la luz de la revelación, y que, según el insigne publicista español, *sin la luz superior de la revelación, la razón humana es radicalmente impotente para conocer ninguna verdad*. Nada hay en el texto de Donoso que autorice semejante censura, ni tan ilustre pensador podía ignorar lo que saben los niños de la escuela: que hay dos órdenes de verdades; pero sabía perfectamente lo que a la cuenta no sabe el Sr. Gaduel, y es que no por ser distintos esos dos órdenes están separados, sino que entre ellos hay relación y armonía.

La doctrina católica es *una*; en ella todas las verdades tienen entre sí trabazón y dependencia: la lógica obliga, por consiguiente, á todo el que admite una verdad católica, á admitir todas las demás; así como el que niega una de ellas, ha de negar, si quiere ser lógico, todas las demás verdades. Junto con esto, la doctrina católica es católica, ó sea *universal*; y por esto contiene toda verdad, sin que haya verdad alguna que de un modo ó de otro no se refiera á ella; luego si no se han de violar las leyes de la razón y de la lógica, es menester admitir la doctrina católica, ó negar toda verdad; ser católico ó escéptico, afirmar á Dios con cuanto él nos enseña, ó afirmar la nada.

La verdad sobrenatural está sobre la razón, la cual nunca podría con sólo sus propias fuerzas alcanzar esa verdad; pero la razón es el sujeto á quien esa verdad se revela, y el que entiende que esta revelación existe, pues de otro modo no podría asentir á ella. También es el sujeto á quien se demuestra la autoridad de la Iglesia, depositaria de la revelación, pues que sin esto él no podría aceptarla. En resumen, hay una verdadera y rigurosa demostración de la verdad del catolicismo. Pero como quiera que el catolicismo se demuestre, precisamente por la razón ha de ser, la cual no puede negarlo sin negarse á sí misma; luego decir que entre el catolicismo y el escepticismo hay un medio en que pueda estancarse el hombre sin agravio de la razón, es decir que el hombre puede sin agravio de la razón, negar la verdad demostrada, ó que el catolicismo no tiene para el hombre demostración suficiente.

Parece como que el Sr. Gaduel se representa el orden puramente natural como existente aparte y fuera del sobrenatural. Si así lo juzga, grandemente se equivoca. El estado de pura naturaleza no existe ni jamás ha existido: es una mera posibilidad. Lo natural y lo sobrenatural están en todas partes estrechamente unidos. La gracia supone la naturaleza, y Dios no da la primera sino para enderezar y perfeccionar la segunda. La naturaleza no supone de por sí la gracia; pero es de suyo capaz de recibirla, y en efecto, para esto ha sido formada, y para esto se la ofrece siempre tan estimable don: lo sobrenatural penetra enteramente todo el orden natural, llenando el mundo y la historia. El que niega lo sobrenatural se pone fuera de las condiciones para entender la historia, el mundo y el estado actual del hombre; pero como esta negación no destruye la existencia de lo sobrenatural, su razón va á chocar continuamente contra este escollo, no encontrando por doquiera que vaya, sino indescifrables enigmas;

de modo que por no escuchar la voz que podía guiarle, concluye por dar en el escepticismo. ¿Por qué rechaza lo sobrenatural? Porque le parece contrario á la razón. Pero es así que lo sobrenatural está en todas partes; luego no hay nada aquí abajo en donde la sinrazón no aparezca ó el absurdo no venga á confundir á la razón, haciéndola dudar de sí misma. Sólo el catolicismo puede sacar de este abismo al hombre, porque sólo el catolicismo posee la verdad sobrenatural, con la cual todo se explica, y sin la cual no se explica nada. Todo hombre, pues, que sepa raciocinar, se ve en la alternativa de afirmar el catolicismo ó de afirmar la nada.

A la misma conclusión se llega cuando se quiere percibir el vínculo que liga entre sí todas las verdades. Para proceder con orden notemos ante todo que hay verdades necesarias y verdades contingentes; así, por ejemplo, el Misterio de la Santísima Trinidad es una verdad necesaria, porque Dios es necesariamente lo que es; y el Misterio de la Encarnación, al contrario, es una verdad contingente, pues la Encarnación ha sido efecto de la libre voluntad divina. Así también, que la criatura deba obedecer al Criador, es una verdad necesaria; pero que el hombre haya violado este deber, es una verdad contingente, etc., etc. Importa mucho esta distinción; pero también importa no perder de vista que toda verdad contingente supone otra verdad necesaria: la existencia de la criatura, por ejemplo, supone la existencia de Dios, y su poder de crear *ex nihilo*; la Encarnación supone la Trinidad, etc., etc. Si, por otra parte, las verdades necesarias no suponen las contingentes, implican, sin embargo, la posibilidad de éstas; la noción de Dios implica la posibilidad de la Creación; la Trinidad implica la posibilidad de la Encarnación, etc., etc. La verdad contingente no es más que una posibilidad realizada, y esta posibilidad es necesariamente realizable. De aquí se sigue que la negación de la verdad contingente conduce á la negación de la posibilidad que ella realiza, y por aquí á negar la verdad necesaria por quien existe dicha posibilidad.

Después ampliaremos este punto; mas por ahora quede asentado que entre las verdades necesarias del orden sobrenatural, y las verdades necesarias del orden natural, hay una íntima conexión, la cual no es menor entre las verdades contingentes de ambos órdenes, aunque son de diferente naturaleza.

Cuanto á las verdades necesarias, la cosa es evidente. La verdad es una; para negarlo hay que negar la unidad de Dios, de donde se sigue que en ella todo está unido y concertado. Por esto, negar una sola de las verdades necesarias es negar implícitamente todas las demás, así como afirmar una sola de estas verdades es afirmar implícitamente la verdad toda entera; y así como las verdades contingentes no pueden existir si desaparecen las verdades necesarias, es manifiesto que la negación de una sola verdad necesaria, sea del orden natural, sea del sobrenatural, contiene lógicamente la negación de toda verdad; la afirmación de la nada.

La limitada razón de la criatura no ve la verdad en su unidad, y es incapaz de percibir el nexo que une la parte que le es dado ver con la que su flaca vista no puede alcanzar. Síguese de aquí que ni el hombre, ni criatura alguna, pueden con sólo sus propias fuerzas elevarse del orden natural al sobrenatural; pero no se sigue que entre los dos órdenes no haya género alguno de nexo, ni que cuando las verdades de orden superior son reveladas al hombre, pueda éste negarlas sin atentar contra las de orden inferior. No conocer una verdad, y negarla cuando es conocida, son dos cosas diferentes. La negación tiene consecuencias muy diversas de las de la simple ignorancia. El misterio de la Santísima Trinidad es una verdad necesaria que excede á la razón humana; la existencia de Dios, ser infinito y perfecto, es otra verdad necesaria que la razón alcanza y demuestra; nosotros no vemos el nexo que une estas dos verdades, ni cómo se puede deducir la una de la otra, y sin embargo vemos con la claridad de la evidencia que, si ambas son verdades, se suponen mutuamente; de manera que, ó Dios no es infinito y perfecto, ó tiene que ser uno en esencia y trino en personas; que siendo una esencia en tres personas, es necesariamente infinito y perfecto; que negar la primera verdad es negar la segunda, y recíprocamente; que no son, en una palabra, sino una sola y misma verdad; porque es evidente que nada puede faltar á la perfec-



ción del ser perfecto, y que todo cuanto le es esencial, es necesario á su perfección. ¿Y qué hay más esencial en Dios, según el dogma católico, que la unidad de esencia junto con la trinidad de personas?

Pero si el nexo que no vemos entre las verdades necesarias del orden sobrenatural y las verdades necesarias del orden natural existe realmente síguese que, cuando las primeras nos son reveladas, la luz de esta revelación resplandece también en las segundas; y que por consecuencia necesaria no podemos rechazar esta luz sin disminuir en nosotros la fuerza de la luz natural, ni negar las verdades del orden superior sin negar implícitamente las de orden inferior que les corresponden. La historia del espíritu humano atestigua que esto es así. Comparad, por ejemplo, las teodiceas de los mayores sabios de la antigüedad con la teodicea católica, y veréis cómo con el conocimiento de la Santísima Trinidad se ha engrandecido, fortificado y rectificado el conocimiento natural de Dios y de sus atributos. No hay verdad alguna del orden natural que el cristianismo no haya ilustrado refulgentemente. Recorred también la historia de las herejías, y veréis cómo sus negaciones de verdades del orden sobrenatural las conducen á negaciones correspondientes de la verdad natural. Las aberraciones de los gnósticos acerca de la Trinidad y de Dios, y las de Lutero y Calvino acerca del libre albedrío, por no citar otras, son tan contrarias á la fe como á la razón.

En cuanto á las verdades contingentes ó de hecho, que tienen su origen en las libres determinaciones de la voluntad divina ó de las voluntades creadas, claro es que el lazo que las une entre sí, no puede ser un nexo lógico y necesario; pero como todas las voluntades creadas están bajo la dependencia de la voluntad divina, y como la voluntad divina es soberanamente sabia, soberanamente razonable claro es también que tienen ellas en la unidad de los divinos designios su nexo y su unidad. Para el hombre, esta unidad es aún más visible que la otra; más claramente vemos, por ejemplo, cómo el Misterio de la Encarnación y de la Redención se relacionan con el hombre caído en pecado, que como la Trinidad se contiene en la noción del ser perfecto é infinito. De aquí se sigue que la negación de las verdades contingentes del orden sobrenatural conduce á la negación de las verdades contingentes del orden natural. Si, por ejemplo, se niega la Redención, párase muy luego en negar que el hombre necesite ser redimido, y por tanto, que sea culpable y pecador. Y no solamente se niega el pecado en el orden de la gracia, sino también en el de naturaleza; y no pudiéndose justificar después, el hecho, niégase también su posibilidad, como efectivamente lo hacen hoy los socialistas. La *razón*, hasta en los momentos en que desbarra, necesita persuadirse de que tiene *razón*, y siempre busca *razones* para justificar sus errores; pero no encontrándose estas razones en el orden de las verdades contingentes, menester es remontarse, para hallarlas, al orden de las verdades necesarias. ¿Por qué negáis el hecho del pecado? El orgullo es la verdadera causa de esta negación, pero no lo confesareis; para justificarla á vuestros propios ojos, es menester buscar una razón, es decir, algo universal que se aplique á todos los hombres lo mismo que á vosotros; algo necesario que el mismo Omnipotente no lo pueda mudar. Por esto de la proposición: *Yo no he pecado*, deducis esta otra: *El hombre no puede pecar*. Pero negar la posibilidad del pecado, ya no es negar una verdad contingente del orden sobrenatural, sino negar una verdad necesaria del orden natural, á saber, la imperfección de la criatura; lo cual es negar toda distinción entre la criatura y el Criador, es negar á Dios mismo. Tomad la verdad contingente que os plazca entre las del orden sobrenatural, y veréis cómo su negación implica siempre la de una verdad correlativa del orden natural, así como ésta conduce siempre á la negación de una verdad necesaria del mismo orden, lo cual os inducirá á negar todas las verdades necesarias ó sea toda verdad. Sin duda la razón humana es demasiado cobarde para llevar hasta tal punto su lógica, y su misma flaqueza la mueve á dividir inconsecuente la verdad, tomando y dejando parte de ella; pero el Sr. Donoso habla de lo que es lógicamente, no de lo que es en realidad. Por otra parte, al par que la inconsecuencia deja restos de verdad en el hombre que se entra por las vías del error, la lógica no deja tampoco de ejercer sobre él algún domi-

nio, y de aquí que mientras permanece en el error, va disminuyendo aquellos restos de verdad con una acción latente, pero continua é irresistible. La historia de todas las herejías, y principalmente la del protestantismo, están ahí para atestiguarlo. El Sr. Gaduel deberá, pues, reconocer que aunque la *razón humana* pueda *sin la luz superior de la revelación*, conocer las verdades del orden natural, no puede rechazar impunemente la revelación. Los que la rechazan, no solamente se privan del beneficio inestimable que ella trae consigo, sino que también pierden ó alteran las verdades naturales en justo castigo de su soberbia. Hay más: la mera ausencia de la verdad revelada en el seno de las sociedades humanas, produce igual resultado: vedlo en las naciones idólatras adonde no ha llegado todavía la luz del cristianismo; tienen la luz de la razón, pero ¿qué hacen? ¿No desconocen horriblemente la misma verdad natural? ¿Y no se hallan en un estado tal de degradación, del cual solamente la presencia de la Iglesia, depositaria de la revelación, preserva en Europa aun á los mismos pueblos herejes ó descreídos? La experiencia, pues, demuestra que la verdad sobrenatural es necesaria al hombre para la conservación de la verdad natural. Las sociedades privadas de la primera ven disminuir poco á poco en ellas la segunda, mientras que su esplendor se aumenta, en las que están alumbradas por la revelación; y parece que á unas y á otras se pueden acomodar aquellas palabras de Jesucristo á los Apóstoles: *Vobis datum est nosse mysteria regni coelorum: illis autem non est datum. Qui enim habet dabitur ei et abundabit: qui autem non habet, et quod habet auferetur ab eo.* (Matthaeum, XIII, 11 y 12.)

Dispénsenos el lector lo largo de esta nota: nosotros le rogamos que considere que la *necesidad lógica* de admitir ó rechazar la verdad, toda entera, de escoger entre el catolicismo y el escepticismo, es uno de los puntos fundamentales de la doctrina del señor Donoso, y uno de los que combate con más encarnizamiento la escuela de que el Sr. Gaduel se ha hecho intérprete.